

sobre sus ojos un rayo de luz tan clara, que detestando sus errores, dieron publico testimonio de la Fee, que abrazaron, y recibieron con el Baptismo: lo que causó tanta ternura, y consuelo en los Mexicanos, como grima la desgraciada suerte de Acxotecatl en los Tlaxcaltecos.

Entre lo mucho, que resultó de los processos, lo mas apreciable fue, saberse el lugar, en que estaba oculto, y sepultado el cuerpo de Christoval. De lo que certificado el R. P. Fr. Andres de Cordova, que sucedió en la Guardiania al Padre Fr. Martin de Valencia, con toda la pompa, numeroso concurso, y lucimiento, que pudo, extraxo de Atlibuetzian el cadaver del Niño, que halló entero, enjuto, y sin corrupcion. No pondero, por no detenerme, las dulces lagrimas, las bendiciones á Dios, y el comun alborozo, con que fue conducido el Martyr hasta hallar glorioso sepulcro inmediato al Altar mayor de la Iglesia antigua de dicho Convento de Tlaxcala, de donde años despues se trasladó á la nueva: y de alli por ultimo con los otros dos Niños de Coautinchan al Convento grande de San Francisco de la Ciudad de los Angeles: donde descansan los tres en la misma bobeda, en que otras venerables cenizas, y Cuerpos incorruptos de Religiosos Franciscanos, tienen las veneraciones, que á una Fee puramente humana son permitidas. Assi lo assegura el Lic. D. Miguel de Alcalá (que está en el Cielo) en su Historia manuscrita de la Puebla: el que juntamente atribuye á diligencias, empeño, y sollicitud del V. P. Fr. Thoribio Motolinia, la translacion á la Puebla de los tres Cuespecites.

Si su martyrio merece el nombre de tal, no le podré decir, porque la decission se reserva á la Silla Apostólica: pero si puedo, y debo afirmar lo primero, que á la gloriosissima Virgen Santa Irène, la venera nuestra Religion en las Aras, solo por aver quebrado los Idolos de su Padre, quien por sí mismo le dió la muerte. Lo segundo, que no es creíble, que les quitassen la vida los Idolarras, sin que se mezclasse á su furia el odio de la Fee. Lo tercero, que aunque en edad tan tierna no suele estar el conocimiento de las co-

sas muy vivo, pero un zelo de muchos siglos puede caber en la corta esfera de pocos años, como cupo en San Justo, y San Pastor. Lo quarto, que la innocencia no es titulo racional, para que titubèmos nosotros, en la felicissima causa de su muerte; pues mas innocentes eran los Niños, que Herodes martyrizó, y ninguno les quita de las manos las palmas, ni la gloria de aver muerto por Christo.

CAPITULO III.

MILAGROSA APARICION DE NUESTRA Reyna, y Señora de Occotlán.

AViendo, pues, precedido la apacible lluvia, que desprendió de sus nobles venas Christoval, y plantada por ultimo con hondas raizes en todo el Señorío, y Provincia de Tlaxcala la Religion Catholica, no sé, si por castigo de algunos ocultos, aunque pocos Idolatras, ó por que quiso Dios ir transplantando á los Jardines del Cielo algunas flores de las muchas, que ya brotaba á manojos el nuevo Christianismo en la America, desprendió de la aljava de su Misericordia, ó de su Justicia, una de las tres flechas, con que hirió antiguamente en la Palestina el Corazon de David. Encendióse en el ayre, corrompido con los crasos vapores de la tierra, ó con los malignos influxos de los Astros, una peste cruelissima, que puso á los Tlaxcaltecos en notable consternacion: y aunque buscaban en las yervas, y otros herbajes algun lenitivo á su dolencia, fueron todos inútiles, avivándose por hoças la corrupcion, y el castigo, con el nuevo fomento, que le daba el desabrigo, y ningun cuidado de los enfermos, ó el preciso irremediable fetor de los Cadaveres, hasta que dispuso la providencia, que un Indio de loables costumbres, y muy ajustada vida (como comprobará el suceso) diessé con aquel pozo de aguas vivas, bastantes á apagar (si fuera conducente para la gloria de Dios) el fuego del Infierno: aquella fuente sellada, en que se estancaron todas las medicinas, y preservativos á nuestros males.

FUE, pues, el caso, que un Indio, cuyo nombre (escrito como creemos piadosamente en el libro de los vivientes) era Juan Diego, nacido en el Pueblo de Santa Isabel Xiloxostia, Doctrina de Topoyango, y avezindado en los Altos de San Miguel, donde hasta oy se mantienen las ruínas de una Iglesia, ó Hermita de San Francisco, à cuyos Religiosísimos hijos estaba por aquel entonces sirviendo: cuidadoso de la carnizeria, que hizo la peste entre los suyos, se passaba de noche á su Pueblo de Santa Isabel á visitarlos. Acudiales por su parte tambien á los principios con aquellos remedios, que en semejantes reveliones suele aconsejar, ó la razon, ó el susto; pero con el mismo fatal suceso, que avian experimentado sus Arbolarios, y Curanderas en el venenoso discurso de aquellos calamitosos dias. Con todo quiso probar fortuna por otro rumbo, tomando el arbitrio de llevarles agua de la mucha que corre el Río Sahuapan, la que les repartia á los dolientes con mucha confianza, y devocion el piadoso enfermero. Bien pentó su inocente sencillès, que el fuego con el agua se apaga: pero el de aquel contagio era tan voraz, y tan activo, que mas se enardecia con las cautelas, y se iba enfureciendo mas, à conforme lo iban reemplando. Bien, que amainò por ultimo, con sola el agua, que compadecida de tantos males, llovió del Cielo aquella milma nube, que nos diò al Salvador como rocío.

Fueron los Tlaxcaltecos, como apuntè, los que no solo abrazaron la Fee con las dos alas del corazon; sino que unidos con nùestros Conquistadores, para pelear contra el Infierno à favor de la Cruz de Christo, regaron casi toda la tierra con su sangre, con que eran en cierto modo acreedores à todas las piedades divinas. Quilo, pues, en estas circunstancias la Providencia premiar con un beneficio extraordinario, y proprio de su innata misericordia, su Catholico zelo, y religion, derritiendo mieles, y gozos sobre sus tristes amargos espiritus. Pues quando la peste estaba mas encendida, y casi muerta del todo la debil esperanza, de ha-

llarle

llarle termino, ò fin á tan deplorable tragedia. Quando aun los vivos se contaban entre los muertos, midiendo en cada passo su sepultura, y en cada respiracion su postrer acedido, abrió el Cielo todas sus puertas: que todas se debieron abrir, para que por ellas cupieffe, la que en el circulo solo de su capacíssimo Seno traxo à la Inmensidad. Desprendióse de lo alto vestida de rosclères la Aurora, à cuya vista ya no sabian donde meterse los nublados, que levantò aquel hecho, ò deshecho torvellino de desventuras. Dexóse veer aquella incomparable hermosura, que ciega las lincez atenciones de los mas encumbrados Seraphines. Tendió finalmente todas las plumas para baxar volando al Desierto, aquella Aguila grande, que puso su nido en la misma frente del Sol: Aquella Paloma sin hiel, que desde los tiempos del Diluvio comenzó à ser Iris de paz, y Nuncia de la salud, MARIA Santíssima Reyna, y Señora nuestra.

El dia, y año, en que esto sucedió, no se sabe; pero nos consta, que fue à tiempo, que las destrozadas vidas de tantos miserables difuntos, clamaban al Cielo con inconsolables sollozos, llegaron estas lastimas à los oídos de la Madre de la Clemencia, y se le puso improvisamente delante al affigido Juan Diego, que iba no sé, si subiendo, ò baxando la loma, que oy decimos de Occotlán; y antes era camino inexcusable para su Pueblo, y Casa. Abrió la Señora sus dulcíssimos labios, como quien divide un clavel en dos mitades, y con rostro sereno, y apacible, lo saludó de esta suerte: *Dios te salve Hijo mio.* Percibir el dichoso Juan el acento de esta suavíssima voz, y derritirsele toda el alma en almibares, si acaso fueron dos cosas, no es facil averiguar, qual de las dos fue primero. Quedóse abortto, y fuera de sí: tuvo razon, porque quien no se palma al veer en la tierra al Cielo, y reducido à un breve mapa todo el resplandor de la Gloria! Pero dandole fuerzas su misma confusion, la refaludó como pudo: No rompió la amabilíssima Virgen por entonces el cauce al impetu de sus luces, que esso fuera acabar con la vida de Juan Diego; pero le dió las suficientes, para inferir algun prognostico favorable, y con-

tra-

tratio à los rigores de aquella Estrella, que iba acabando con la Provincia.

Así que el felicísimo Neofito se recobró del susto (que tambien alustan las dichas, y mas à los infelizes) con reverente, y humilde encogimiento levantò los ojos, y los puso, quizà bañados en lagrimas en la Señora, y la Señora al mismo tiempo los suyos en un cantaro, que llevaba; y con el mismo amoroso señuelo, que antes, le preguntó: *Donde vâs?* No pudiendo caber en las expressiones del Indio, todos los movimientos, que avia engendrado con el corazon su ya medio ilustrada fantasía, y así solo dió por respuesta: *Que iba à llevarles agua del Rio à sus enfermos:* pues ni para tanto veneno discurría antidoto de mas eficacia su congoxa, ni su pobreza medicina de menos costo, con que oponerse à tan irregulares quebrantos.

§. II.

Sobre las Apariciones de la gran Reyna, varían los testimonios. Ay quien diga, que fue una no mas; otros que dos: la primera en la loma; la segunda en el bosque, ò sitio, que oy es alvergue religioso del Agua Santa. No quiero, que por mi padezca el desaire de futil, ni una, ni otra opinion: y así me pongo en medio, y discurro, que si la Aparicion fue una, fue el favor continuado, y que estuvo la piadosísima Madre, visible à los ojos de Juan Diego, el tiempo, que era (hablando à lo natural) inexcusable, para concluir el beneficio, que prometia aquella pregunta: *Donde vâs?* A la respuesta, pues, del Indio, prosiguió la Señora: *Ven tras mi, que To te darè otra agua, con que se extinga esse contagio, y sanen, no solo tus Parientes; sino quantos bebieren de ella: porque mi Corazon siempre inclinado à favorecer desvalidos, ya no me sufre ver entre ellos tantas desdichas sin remediarlas.* No se atrevió Juan, ni à inquirir de su Benefactora quien era, ni à dudar tampoco el seguirla: porque el deseo de la propria salud, y la de los suyos, lo tenian en la resolucion, de atropellar à ojos cerrados, si fuera necesario, impossibles. Guíole, pues, la

la benigníssima Madre, como el lucero, que al caer del dia vá por delante de la noche, à una quebrada, à mano derecha de la loma, como quien sube, poco distante; inclinándose un poco al Sur.

La dicha quebrada era, y es profunda, y escabrosa, casi nada favorecida del Sol, sino es quando està en el zenit, aunque en la era presente con el traquéo de innumerables Peregrinos devotos, que la tragan, està mas accessible. Lo sombrío de arboles silvestres, que llaman ocotes los Naturales; no otros theas, y mas propriamente pinos, lo hacian tan respectable como alegre, y vistosa la multitud de Paxaros, y el bello confuso matiz de flores varias, que aun hasta oy la hermosean. Llegaron, pues, al centro de aquel Risco, la Señora en hombros de Serafines, el dichoso Juan Diego por manos de los Angeles (que à quien favorece la Reyna, que mucho lo traygan en palmas sus Ministros?) puso sus plantas esta benigníssima Rosa en un pequeño plan, que sirve como de corazon à la frondosa maquina de aquel montaraz Gigante; y al sentir la tierra el noble peso, que la oprimia, se le rompieron las venas, y como quien llora de gusto, por uno de sus ojos, hasta entonces venturosamente ciegos, se fue destilando en lagrimas, que fueron despues la risa de todo el Reyno. Formóse un manantial perenne, que aun dura, y durará (que los favores de MARIA siempre tiran golpes de eternos) y en él estancada la luz de todos los que la beben. *De esta agua,* le dixo la amorosísima Madre, à su favorecido Juan Diego, *que sacasse la que quisiese, con el seguro de que seria lo mismo tocar las secas aridas fauces de los dolientes la mas minima gota de aquel Celestial licor, que sentir, no solo alivio, sino sanidad declaradamente perfecta,* dixo: y rasgando un poco mas el velo à este milagrosísimo enigma, le dió señales, aun mas sencibles de quien era la que le hablaba con tanto amor, y ternura: y las que ministrarán deleitosa materia

al Capitulo, que se sigue.



CAP.